



Semana Santa 2017

Voy a hacer nuevas todas las cosas (Ap 21,5)

El lema que anima nuestro curso puede ser también una oportunidad y un impulso para vivir los días de Semana Santa con un aire de novedad, de regreso al amor primero de nuestra vida cristiana y de recordatorio de los fundamentos que dan sentido a nuestro seguimiento de Jesucristo, fruto de la llamada que hemos sentido a seguirlo. A lo largo de la Biblia encontramos muchos textos que nos hablan de la novedad de vida, de nacer de nuevo, del cielo nuevo y la tierra nueva, de la renovación de la fidelidad mutua entre Dios y la humanidad. Pero también en la propia experiencia sabemos reconocer la llamada a los cambios, a la renovación de los compromisos, al deseo compartido de que nuestro mundo sea transformado y renovado con criterios de justicia, de solidaridad, de libertad, de equidad y otros muchos.

El deseo de renovación es un deseo de primavera, es creer que son posibles el cielo nuevo y la tierra nueva que el Padre nos propone y que nosotros anhelamos desde lo más profundo de nuestro ser. La celebración de la Cena del Señor, de su Pasión y Muerte, y de su Resurrección nos ayudan a hacer memoria viva y actual de lo que fundamenta nuestra vida cristiana y militante: la entrega a los demás por amor, una entrega que nos resucita y que resucita y transforma la vida de los preferidos del Señor, los más pobres, los más débiles.

Jueves Santo

Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre, derramada por vosotros (Lc 22,20)

El momento central de la liberación de Egipto fue la fiesta de la Pascua (Ex 12). En el versículo 14 leemos: *Éste será para vosotros un día memorable; en él celebraréis*

fiesta en honor del Señor. Una fiesta que se tenía que repetir anualmente. La respuesta a la liberación fue la Alianza entre Dios y el pueblo: *Yo seré vuestro Dios, y vosotros*

seréis mi pueblo (Lv 26,12). Para celebrar la Alianza, Moisés aspergió al pueblo con la sangre de los terneros inmolados, diciendo: *Esta es la sangre de la alianza que el Señor ha hecho con vosotros, según las cláusulas ya dichas* (Ex 24,8). Las cláusulas ya dichas (los “diez mandamientos”), se centran en la relación con Dios y con los demás, como queda recogido en la conversación de Jesús con el maestro de la Ley en la parábola del buen samaritano: Él respondió: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu inteligencia; y a tu prójimo como a ti mismo* (Lc 10,27).

El profeta Isaías, en el cuarto canto del Siervo (Is 52,13—53,12) habla del dolor salvador de este Siervo a través de su entrega: *sus heridas nos curaban* (53,5). Jesús lo dice: *es la Nueva alianza sellada con mi sangre*. Sí, de eso se trata, de hacer nueva cada día nuestra entrega unidos a la entrega de Jesucristo, rememorando la Pascua en cada eucaristía, recreando

nuestros compromisos para con los demás, como una actualización diaria de la entrega de Jesús que confía en mí, a pesar de mis precariedades, para continuar partiendo su cuerpo, y derramando su sangre, signo de vida, para que todo el mundo disfrute de la dignidad de los hijos e hijas de Dios.

La nueva alianza sellada con mi sangre, como dice Jesús, es una llamada a la novedad: su cuerpo y su sangre son ofrecidos en lugar de las ofrendas tradicionales. Transforma la Pascua judía en la nueva Pascua que se fundamenta en la entrega de su vida, y en el Jueves Santo repetimos la fiesta de Pascua y renovamos nuestra condición de Pueblo “aliado” con Dios, rehaciendo el compromiso de amar a Dios sobre todas las cosas y a los hermanos como a nosotros mismos. El pan y el vino de la eucaristía, el Cuerpo y la Sangre del Señor son, así, nuestra fuerza para acompañar al Señor con nuestra acción, que es donación liberadora, y que concreta la liberación de su pueblo, de nuestro pueblo.

Viernes Santo

Os aseguro que, si el grano de trigo caído en tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto. (Jn 12,24)

Hoy celebramos la muerte del Señor. Una muerte que esconde en

su seno todas las muertes, todas las esclavitudes, pero también to-

das las esperanzas. Jesús lo expresa de este modo a los discípulos de Emaús: *¿No tenía que padecer eso el Mesías para entrar en su gloria?* (Lc 24,26). Sufrir todo eso no tendría sentido si todo acabara con la muerte, pero la muerte de Jesús no es definitiva, porque por la experiencia de la resurrección ha reunido un pueblo que, como Él mismo, lleva a cabo la obra de Dios, y dando fruto, hace la más bella alabanza de Dios, como queda explícito en el evangelio de Joan: *Mi Padre será glorificado si dais fruto abundante y sois mis discípulos* (Jn 15,8).

Nuestras muertes son muy reales como consecuencia de los diferentes tipos de violencia, especialmente contra los más débiles, ya sea la guerra o la violencia física o verbal, o el desprecio o la humillación de los demás como consecuencia de su condición, o su procedencia, o sus ideas. Jesús continúa muriendo en todas esas personas. Pero incluso la cruz en la cual muere Jesús es una esperanza, *porque la cruz cristiana es una llamada al amor con el cual Jesús se ha sacrificado para salvar la humanidad del mal y del pecado* (Papa Francisco, Angelus, 12.03.2017). En el mismo acto decía: *Quién*

muere con Cristo, con Cristo resurgirá, y la cruz es la puerta de la resurrección... este es el mensaje de esperanza que la cruz de Jesús contiene, exhortando a la fortaleza en nuestra existencia.

Voy a hacer nuevas todas las cosas, leemos en el libro del Apocalipsis. También la cruz nos recrea, los sufrimientos nos purifican y nos renuevan, a pesar de que nos cueste ser conscientes de ello, especialmente en el momento de sufrir. Pablo y Bernabé fortalecían a los discípulos y los exhortaban a perseverar en la fe, diciéndoles: *Para entrar en el reino de Dios hay que sufrir muchas aflicciones* (Ac 14,22). Entrar al Reino de Dios, ¿no es vivir la vida de Jesucristo, que personifica este Reino?

Seguro que más de una vez hemos pasado por la experiencia de la cruz en nuestros compromisos, o en la enfermedad, o en tantos dolores que la vida trae consigo, y hemos fracasado, y nos hemos vuelto a poner en pie movidos por la fe, acompañados por los compañeros y compañeras en la Revisión de Vida, y por la imagen del Crucificado que es también el Resucitado. Lo dice la canción: *mañana la cruz florecerá... mañana la noche resplandecerá.*

Día de Pascua

Quien vive en Cristo es una nueva criatura; lo viejo ha pasado y una nueva realidad está presente. (2Co 5,17)

San Pablo nos habla por propia experiencia: él fue constituido como una nueva criatura después de que el Resucitado saliera a su encuentro. También nosotros podemos vivir en Cristo y pasar a ser hombres y mujeres nuevos porque Dios, en la persona de Jesucristo, se ha avanzado a amarnos: *no somos nosotros quienes hemos amado a Dios, sino que él nos amó y envió a su hijo para expiar nuestros pecados* (1Jn 4,10). Cada cual podría hacer su relato del amor recibido de Dios, de su propia experiencia de encuentro con el Resucitado, pero para san Pablo fue una *luz fulgurante que venía del cielo* (Ac 9,3), con el encargo de que fuese testigo de la resurrección, como el resto de los apóstoles: *porque debes ser su testigo ante todos de cuanto has oído y presenciado* (Ac 22,15).

La fe en Jesucristo, según la experiencia de cada cual, ha sido una llamada a ser testigos de la resurrección, y lo hemos sido, entre resistencias y precariedades, sembrando semillas de Reino allí en donde vivimos nuestra vida. Hemos vivido una vida resucitada porque, fiándonos de Dios, nos hemos dejado cegar por su luz, y hemos dejado de vivir como ciegos, como el mismo san Pablo, después de “caer del caballo”, como

el ciego Bartimeu, para quien la pregunta de Jesús: *¿Qué quieres que haga por ti?*, y la respuesta, *Maestro, que vuelva a ver* (Mc 10,51), con la curación que sigue, lo llevan a experimentar la resurrección en su propia carne: *Al instante recobró la vista y siguió a Jesús por el camino* (Mc 10,52). Sí, lo seguía por el camino, hacia Jerusalén, ahora ya como discípulo, para acompañar a Jesús en su muerte y resurrección. A continuación de esta escena, Marcos sitúa ya la entrada de Jesús en Jerusalén, el domingo de Ramos.

La Pascua es la expresión más brillante y gozosa de lo que significa la vida nueva en Cristo. La vida nueva de la Pascua me recuerda y me invita a ser consciente de que tengo que dejar lo que de antiguo hay en mí, lo viejo ha pasado. Me recuerda y me invita a pasar por la transformación de mi yo en el yo de Jesucristo, convirtiéndome en buen pan, alimento para los demás; a ser grano de trigo enterrado en la tierra que muere a sus egoísmos, para rebrotar lleno de vida, ofreciendo al Padre y a los hermanos los frutos de mi unión con Jesucristo, el Resucitado. Entonces será verdad que ha empezado una realidad nueva.